

Paula Llorens

El abrazo de los gusanos



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



**GOBIERNO
DE ESPAÑA**

**MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE**

inaem

**INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA**

El abrazo de los gusanos

Paula Llorens Actriz, dramaturga y directora teatral

Se licencia en Arte Dramático en la Escuela del Actor de Valencia en 2008 y en Filología Hispánica por la Universitat de València en 2009. En 2016 finaliza sus estudios de Dramaturgia en la RESAD de Madrid y en 2019 el Máster Universitario en Formación e investigación Literaria y Teatral en el contexto europeo de la UNED.

En 2008 escribe su primera obra de teatro *Cardiovascular*, finalista en el V Premio Teatro Nuevos Tiempos de la AET, estrenada por la compañía Cactus Teatre (de la que es miembro fundador).

Otros títulos como autora son *Tirant* para el Institut Valencià de Cultura y Compañía Nacional de Teatro Clásico (Premi de les Arts Escèniques Valencianes 2019 a la millor versió, adaptació o traducció), *Historia de una maestra*, adaptación de la novela de Josefina Aldecoa; *Inquilinos* ganadora del Premio de Dramaturgia Hispana de Chicago del Instituto Cervantes y el Aguijón Theater 2018; *Lluvia* publicada en Fundamentos; *Pequeña Zorra* y *En un banco* representadas en el Miniteatro de Valencia; *Recuerdos del olvido* en Teatro Mínimo de la RESAD y en su versión en valenciano por Edicions 96; *Flores silenciadas* en Fundamentos; el monólogo *Diazepam* para XXI edición del Maratón de Monólogos de la AAT; *Hijos de Verónica*, coescrita con otras autoras y estrenada en el Festival Russafa Escénica 2016 y publicada por la editorial El Petit Editor.

Como actriz ha participado en montajes como *Por delante y por detrás* de Olympia Metropolitana; *Historia de una maestra*, *Lluvia* y *Cardiovascular* de Cactus Teatre; *El coloquio de los perros* de Amanece Teatro; *Temporada Baja* de CulturArts; *El Geperut de Notre Dame* de Bambalina Teatre y Centro Teatral Escalante; *Canciones y amor con queso* de Oscura Teatre... Ha estado nominada al Premio Crisálide de l'Aapv (2012), a Mejor Actriz Principal en el Concurso de Teatro de Comedia de "Ciudad de Cullera" (2011) y a Mejor Actriz de Reparto en el "Villa de Mislata" (2010).

Y ha sido ayudante de dirección en *Mulier* y *Lú* de Maduixa Teatre, *Den Haag* de Gabi Ochoa, *Petit Pierre* de la compañía Bambalina Teatre, dirigida por Carles Alfaro, y *Pulveriza* de A. Zamora.

Paula Llorens

El abrazo de los gusanos

Prólogo de Itziar Pascual



- © Paula Llorens, 2019
© *Del prólogo*: Itziar Pascual, 2019
© *Diseño de cubierta*: Erica Martínez

© *De la presente edición*:
Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:
Vicente Alberto Serrano

NIPO: 827-19-040-8

Una poética de la esperanza

Itziar Pascual

La realidad es que resulta contradictorio que alguien que se siente incapaz de vivir tenga la valentía de planificar un suicidio. Valentía en tanto que la muerte como hecho real produce temor a cualquier ser humano. El suicidio no se elige, sucede cuando el dolor que sentimos es mayor que nuestros recursos para afrontarlo.

Javier Urrea (*La huella de la desesperanza*; 2019: 15-16)

Cuenta Javier Urrea en su excelente trabajo *La huella de la desesperanza* (Ediciones Morata, 2019) el origen del *Efecto Werther*. En 1774, a raíz de la publicación de *Las desventuras del joven Werther*, de Goethe, se desencadenó una ola de suicidios de tal magnitud que la obra fue prohibida en distintos puntos de Europa. No parece que Goethe deseara proponer una apología del suicidio y en la segunda edición de su novela añadió la siguiente frase: “Sé un hombre y no sigas mi ejemplo”.

Pero la creencia de que revelar el suicidio podía tener un efecto persuasivo o alentador en terceros fue creciendo, hasta llegar a la situación actual. Ante el temor del *Efecto Werther*, los medios de comunicación omiten la información que concierne a los suicidios, suprimiendo toda referencia al modo concreto en que éste se ha ejecutado. Sabemos que, según

la OMS, es la segunda causa de mortandad en el mundo en las edades comprendidas entre los 15 y los 29 años, pero es una causa en sombra; un tabú social y, como señala Javier Urra, una tragedia individual y familiar, porque conlleva una solución definitiva (la muerte), a un problema temporal y pasajero (un dolor emocional y psíquico).

El silencio, el tabú del suicidio deviene en dolorosa culpa para los familiares y amigos del suicida que logró su propósito, y en desolación para quien lo intentó y no logró conseguirlo. De esta forma se va creando un tejido de silencios y mentiras. Por eso es tan necesario que el teatro escuche este silencio sordo: el de las víctimas, el de sus familias, el de todas y todos aquellos que han estado o están cerca de alguien que ha asumido el malestar de la desesperanza.

Paula Llorens (Valencia, 1986) ha tenido la gallardía en *El abrazo de los gusanos*, de ofrecer sus palabras a este silencio desesperanzado. Y lo hace sin establecer juicios, y menos aún sin partir de prejuicios: sin exigir ni exigirse afirmaciones categóricas. Ella escucha a los personajes, atiende sus conflictos y les ofrece el espacio sagrado del teatro para revelar sus conflictos. Ella les ofrece una poética de la esperanza.

De este modo nos encontramos dos personajes que coinciden en la habitación de una planta de Psiquiatría de un hospital sin nombre; dos personajes, Miguel y Clara, que han llegado a la desesperación a través de distintos caminos. Miguel Úbeda es profesor de Secundaria y un experto en la creación y la figura de Mariano José de Larra; Clara es una joven que reconoce haber realizado al menos tres tentativas de suicidio.

La elección de Larra no nos parece casual. Tal vez el prosista y crítico teatral sea una expresión clara, en la tradi-

ción española, del suicida romántico, en donde se acaba con la vida como respuesta a una decepción amorosa. Miguel dará cuenta con detalle de la muerte de Larra, del que toma el pseudónimo de Fígaro. En cierto modo, y citando *La detonación*, de Antonio Buero Vallejo, el disparo de Larra contra sí mismo sigue resonando dentro de la cultura española.

En el universo de Miguel Úbeda se reúnen distintas decepciones; la primera, el abandono amoroso de su compañero, tras una larga relación de pareja, que le ha dejado por una mujer. Este abandono es vivido como traición en diversos sentidos; pero también Miguel habita el sentimiento de fracaso intelectual como profesor de Secundaria, el sentimiento de que no ha logrado motivar ni estimular a un alumnado que se desentiende de todo lo que tiene que ver con la literatura. En el universo de Clara, un personaje que finge y emplea la mentira como recurso expresivo, encontraremos la hondura de la insatisfacción. Así refiere Clara lo que le ocurre:

“Mis padres se han esforzado en dármelo todo, en hacerme feliz. Y yo les he fallado. Escucho la palabra futuro y tiemblo. ¿Qué seré? ¿Qué haré? ¿Dónde estaré? Es que no me veo en nada. Nada me llena. Me gustaría volver a ser una niña. No tener preocupaciones. Solo jugar... y... y estar. Nada más. Es como si tuviera una pequeña aguja clavada en el corazón”.

Llorens apuesta por los recursos de la estructura de situación – el número contenido de personajes, el espacio único, el encuentro inesperado, el progresivo desvelamiento de la verdad – para acercarnos a un mundo cuyo abordaje es tan delicado como necesario. Clara y Miguel tendrán

que enfrentar la verdadera naturaleza de su realidad. Transitarán entre el rechazo mutuo y la indiferencia para ir encontrando una complicidad, primero concebida como estrategia para lograr su propósito autodestructivo, y después para ofrecer una nueva oportunidad a la experiencia.

El abrazo de los gusanos refiere la dimensión metamórfica de los gusanos de seda, que se transforman en mariposas y pueden emprender el vuelo. Como ellos, Miguel y Clara pueden apostar por un nuevo viaje vital, con menos desesperanza y más ilusión.

Paula Llorens continúa con esta obra un camino decidido en el que ha logrado recientes reconocimientos como el Premio de las Artes Escénicas Valencianas 2019 en la modalidad de mejor adaptación, versión o traducción con *Tirant*, o el Premio de Dramaturgia Hispana Aguijón Theater, con *Inquilinos*. *El abrazo de los gusanos* reencuentra a Paula Llorens con la comedia, un género que le permite abordar temas difíciles y dolorosos, con una perspectiva positiva y esperanzada.

Comprender que toda tentativa de suicidio es a la vez, como señala Urra, expresión de un sufrimiento intenso, de una incapacidad para hacerle frente, de una desesperanza honda ante el futuro y de un debilitamiento de las redes afectivas y sociales, significa también comprender que el teatro puede ser espacio social, comunicativo, fáctico y expresivo para todos aquellos y aquellas que han habitado la desesperanza. Y por todo ello, Paula Llorens ofrece al público una oportunidad para habitar nuevas oportunidades, para abrazar esta poética de la esperanza.

Mangirón (Madrid), noviembre de 2019

El abrazo de los gusanos

“No hay sol sin sombra y es necesario
conocer la noche.”

Albert Camus, *El mito de Sísifo*

PERSONAJES

CLARA

MIGUEL

ESPACIO

Habitación de un hospital en la planta de Psiquiatría. Dos puertas. La de salida y la del baño. Dos camas. Una ventana con rejas.

TIEMPO

Unas semanas. O unos meses. El tiempo necesario para que dos seres perdidos aprendan a abrazarse.

ESCENA 1

(MIGUEL, tumbado en una de las camas, se despierta. Viste un elegante frac, pero su aspecto es desaliñado. A su lado, una joven de semblante serio, CLARA, reposa en la otra cama de la habitación. Hace mucho tiempo que no sonríe y los músculos de su rostro por falta de costumbre han olvidado cómo hacerlo. Viste una bata de hospital y lleva las muñecas vendadas.)

MIGUEL.— (Despertando.) ¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú? (Reparando en la vía intravenosa que cuelga de su brazo.) ¿Me han sedado? (Pausa.) ¿Cuánto tiempo llevo aquí? (Pausa.) Hola, te estoy preguntando. Que yo vea no hay nadie más en la habitación. (Pausa.) ¿Es que no sabes hablar?

CLARA.— Habitación 131 de la planta de Psiquiatría. Clara Gil. Sí, te han sedado. Y llevas durmiendo unas 12 horas.

MIGUEL.— (Sigue bajo los efectos del calmante.) Vaya, veo que sí que hablas. Yo soy Miguel Úbeda. Y soy gay. Pero puedes llamarme Figaro. (Ríe exageradamente.) Esto no es lo que parece. Yo no debería estar en Psiquiatría. Soy una persona cuerda y totalmente cabal. Soy profesor de Secundaria, ¿sabes? De hecho, tú podrías ser mi alumna. ¿Cuántos años tienes?

CLARA.—

MIGUEL.— ¿Siempre eres igual de simpática?

CLARA.— He decidido no estar mucho más tiempo en este mundo de mierda. Y el poco que estoy obligada a estar preferiría pasarlo en silencio.

(Pausa.)

MIGUEL.— Ya veo, tus muñecas. Yo no... Lo mío es distinto. No... No solo me dedico a la docencia, sino que también soy investigador. Premio Extraordinario en la Tesis Doctoral: "Ideología y visión del mundo en los artículos de Larra." *(Pausa.)* Larra, el mejor prosista que han tenido nuestras letras. Lo habrás estudiado en clase, ¿no?

CLARA.— *(Se encoje de hombros.)*

MIGUEL.— De verdad que no os entiendo a los jóvenes. Me esfuerzo cada día. 20 años llevo tratando de entenderlos. Pero no hay manera. Sois maleducados, apáticos. Bueno, pues mi queridísimo Larra es un claro ejemplo de que incluso la persona más brillante puede tener un breve instante de enajenación. Él también puso fin a su existencia por sí mismo. Quizá tuve un alarde de imitación. Y el alcohol. El alcohol ayudó, claro. No es que yo suela beber. Pero ayer no fue un buen día. El peor día de mi vida se podría decir. Nunca me había sentido tan humillado. Nunca había sentido tanto dolor. Y... pues... empecé a beber. Supongo que la embriaguez me llevó a pensamientos extraños. No creas que se me había pasado jamás por la cabeza cosa semejante. Pero es que me sentía muy mal. El hombre más desdichado de la tierra. Tomé demasiadas pastillas. O muy pocas, según como se mire. Soy un desgraciado. ¡Un miserable! *(Acercándole a Clara el brazo donde tiene la vía.)* Por favor, ayúdame a quitarme esto.

CLARA.— ¿Qué haces?

MIGUEL.— Tengo que enmendar el plagio fallido. ¡Quítamelo!

CLARA.— Ni se te ocurra acercarte a mí.

MIGUEL.— Está bien. *(Coge aire y estira.)* ¡Ahhh! ¡Joder!

(Busca por la habitación algún objeto contundente. Fracasa. Coge las sábanas y mira hacia arriba por ver si puede colgarlas del techo. Fracasa. Mira entre su ropa por si todavía está el bote de pastillas. Fracasa.)

CLARA.— ¿No decías que había sido un error? Da la sensación de que quieras volver a intentarlo.

MIGUEL.— Y tú ¿no decías que preferías estar en silencio? Sí. ¡Sí! ¡Quiero quitarme la vida ahora mismo! Quiero desaparecer, dejar de existir. Evaporarme, disiparme, desvanecerme, borrarne del mapa, huir, fugarme, escapar... ¡Deserto de la vida!

CLARA.— ¿Crees que los médicos son idiotas? No vas a encontrar nada aquí con lo que poder suicidarte.

MIGUEL.— Nos ha salido listilla la niña.

CLARA.— Solo hay una forma de acabar lo que dejamos a medias.

MIGUEL.— ¡Ilumíname!

CLARA.— Salir de aquí. *(Pausa.)* Para ser un novato no has tenido mal despertar. Solo te has arrancado la vía. A mí la primera vez tuvieron que bloquearme entre cuatro enfermeros y pincharme otro calmante.

MIGUEL.— ¿Ya lo habías intentado antes?

CLARA.— Sí.

MIGUEL.— ¿Cuántas veces?

CLARA.— Dos.

MIGUEL.— ¿Has tratado de matarte tres veces y ninguna de las tres lo has conseguido? A ti eso de a la tercera va la vencida no...

(CLARA lo fulmina con la mirada. Silencio.)

CLARA.— ¿De qué vas disfrazado?

MIGUEL.— ¿Qué? Esto no es un disfraz, bonita. Es un frac. Un traje originario del siglo XIX. Soy un dandi, como mi Mariano. Me refiero a Mariano José de Larra, no a Rajoy. Por si había alguna duda... ¿Ya te he hablado de mi fascinación por Larra? (Pausa.) ¿Cuánto tiempo llevas tú aquí?

CLARA.— Una semana. (Pausa.) ¿Fígaro es tu mote?

MIGUEL.— ¿Mote?

CLARA.— Todos los profes tenéis uno.

MIGUEL.— Ya me gustaría a mí que mis alumnos me llamaran Fígaro. Es uno de los pseudónimos de Larra. Igual que El Pobrecito hablador.

CLARA.— ¡Qué obsesión con el Larra ese! ¿Y por qué no utilizaba su nombre de verdad?

MIGUEL.— Tenía que firmar sus artículos con seudónimos por la censura.

CLARA.— ¿Censura? ¿Por qué?

MIGUEL.— Porque en el siglo XIX en pleno régimen abso-

lutista había cosas que se podían decir y cosas que no se podían decir. Al poder no le sientan bien las críticas.

CLARA.— ¿En serio eres gay? Gay de... maricón, de que te gustan los tíos...

MIGUEL.— Sin dudar lo prefería tu voto de silencio. Mira, no es adecuado usar el término “maricón”, ¿entendido? Homosexual está bien. O gay, gay también es correcto.

CLARA.— Nunca había conocido a ninguno.

MIGUEL.— *Pardon ?!* ¿Me he despertado en el siglo XIX?

CLARA.— Y ¿cómo es ser... homosexual?

MIGUEL.— Para no hablar haces muchas preguntas, niña. (*Pausa.*) Mira, de verdad que no me puedo creer que no conozcas a ninguno. Pero si estamos por todas partes.

CLARA.— No me dejan salir mucho. (*Mostrando sus muñecas.*) Ya sabes.

MIGUEL.— En tu clase

CLARA.— (*Niega.*)

MIGUEL.— En tu familia.

CLARA.— ¡Qué va!

MIGUEL.— Te han engañado. Mínimo uno. Y me apuesto lo que sea a que más. Otra cosa es que no te lo hayan dicho. Tampoco vamos por ahí presentándonos como homosexuales ¿Qué te crees? A la gente qué le importa. Además, creo que en el fondo todos somos homosexuales reprimidos. Un día te expondré mi teoría.

¡Ah! Ya entiendo. Crees que estoy aquí por mi orientación sexual. No, no, no... Yo estoy muy orgulloso de ser lo que soy. El amor es lo que me ha traído aquí. Y el amor mata, ya lo dijo mi Pobrecito hablador.

CLARA.— Pues tú lo has hecho.

MIGUEL.— ¿El qué?

CLARA.— Fue lo primero que me dijiste. “Soy Miguel y soy gay”.

MIGUEL.— No.

CLARA.— Sí.

MIGUEL.— No.

CLARA.— Sí.

MIGUEL.— ¡Iba drogado! Bueno, ya está bien. Ahora soy yo el que no quiere hablar. Solicito un cambio de habitación inmediato.

CLARA.— Tranquilo, que yo salgo de aquí hoy mismo. Solo tengo que convencer a la doctora Suárez y no volverás a verme.

ESCENA 2

(CLARA sigue tirada en la cama. Sobre ella, una bandeja llena de comida. MIGUEL ahora también viste una bata de hospital. Su bandeja reposa vacía sobre su cama. Se mueve de un lado a otro de la habitación mientras habla.)

MIGUEL.— Es que no me lo esperaba, pero ¿cómo me lo iba a esperar? Después de 10 años juntos. Creía que estaba a punto de pedirme matrimonio o incluso que íbamos a plantearnos adoptar. Él también es profesor. Lo conocí en uno de los institutos en los que trabajé. Y de pronto me lo suelta. Que necesita un tiempo para aclararse. Y que se va. No podía ser verdad. Ahí había gato encerrado. Y el gato se llamaba Mar... Marcos y tenía 20 años. Ese golpe bajo me destrozó. Me dejó el corazón hecho pedazos y la autoestima por los suelos. El amor es complicado. El ser humano es complicado. El primer amor de Larra resultó ser la querida de su padre. El segundo, un matrimonio fracasado. Y el último y verdadero, Dolores Armijo, lo abandonó, como Arturo a mí. Solo había una salida. Una muerte perfecta, digna de un romántico. Pensé en conseguir una pistola. Pero ahora no es tan fácil como en el XIX, a menos que estés en EEUU. Quizá dentro de unos años, cuando gobierne VOX y lo mío sea ilegal... Imaginé mi precioso cuerpo destrozado. Mi cerebro desparramado por el suelo. La boca abierta de par en par. Sangre por todas partes. No. No quería que esa fuera la última imagen que el mundo tuviera de mí.

Me vestí para la ocasión. Una mezcla de barbitúricos y alcohol. Limpio e indoloro. Pues nada, ni matarme me ha salido bien. Arturo regresó a recoger una cosa que se le había olvidado. Me encontró tirado en el suelo y llamó a urgencias. Bueno, ahora te toca a ti. ¿Por qué lo hiciste?

CLARA.— ¿El qué?

MIGUEL.— Intentar suicidarte.

CLARA.— ¡Y a ti qué te importa!

MIGUEL.— Yo te he contado mi historia.

CLARA.— Yo no te he preguntado.

MIGUEL.— Venga, ¿por qué quieres morir?

CLARA.— Yo no quiero morir.

MIGUEL.— Entonces, ¿qué haces aquí?

CLARA.— No quiero vivir.

MIGUEL.— ¿Qué diferencia hay? (*Pausa.*) Y ¿cuál es tu motivo para no querer vivir?

CLARA.— No hay ningún motivo.

MIGUEL.— ¿Cómo que no hay ningún motivo? ¿Y por qué lo has hecho?

CLARA.— No lo sé.

MIGUEL.— Contigo la doctora Suárez lo tiene difícil. A mí con tal de que me traiga a un hombretón que me devuelva la alegría... ¿Algún problema en clase? ¿Alguien ha tratado de hacerte daño? Lo veo a diario.

CLARA.— No.

MIGUEL.— ¿Te ha pasado algo con tus padres?

CLARA.— Soy huérfana.

MIGUEL.— Vaya, lo siento. ¿Hace mucho?

CLARA.— Murieron en un accidente de coche cuando yo tenía 5 años. (*Pausa.*) Me he criado en un triste y asqueroso orfanato. No tengo a nadie. No tengo nada.

(*Silencio.*)

VOZ EN OFF.— Señorita Clara Gil, tiene visita. Sus padres la esperan en la sala 5.

(*Se miran.*)

MIGUEL.— Parece que en este hospital admiten visitas de fantasmas. No me lo había creído.

CLARA.— Pero si estabas a punto de llorar.

MIGUEL.— Veo que también tienes sentido del humor. Un tanto... “especial” quizás. Venga. Tus padres te esperan.

CLARA.— No voy a ir.

MIGUEL.— ¿Cómo que no vas a ir?

CLARA.— No quiero verlos.

MIGUEL.— ¿No te llevas bien con ellos?

CLARA.— ¡No quiero que me vean así! Si salgo volverán a preguntarme qué han hecho mal conmigo y todas esas mierdas.

MIGUEL.— Deberías cuidar tu vocabulario, es soez.

CLARA.— Ellos estarán mucho mejor cuando yo no esté.

MIGUEL.— Dudo que ellos piensen lo mismo.

CLARA.— ¿No estarías tu mejor sin mí es esta habitación?

MIGUEL.— Sí, eso es verdad.

CLARA.— ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

MIGUEL.— Mira. No quería decírtelo. Pero... “los hombres prudentes no deben hablar y mucho menos callar”. Mientes fatal. Vamos, que la doctora no se ha creído absolutamente nada de lo que le has dicho. “No voy a volver a hacerlo, se lo juro. Quiero vivir.” Si deseas salir de aquí vas a tener que currártelo un poco más. Ser más convincente.

CLARA.— Estás tratando de darme lecciones tú a mí. Soy una experta en médicos y hospitales. Hace 2 años que no salgo de ellos. Además: “Doctora, a ser posible, preferiría estar en otra habitación. Soy alérgico a los jóvenes”. Flipo.

MIGUEL.— ¿Quién sino me ha provocado cada una de estas canas y arrugas? Vosotros. (*Pausa.*) Entiendo perfectamente que salgas de aquí con unas ganas tremendas de acabar con tu vida. Tener que llevar este espantoso atuendo es razón más que suficiente para querer morir.

CLARA.— (*Lo mira seria.*)

MIGUEL.— Era una broma. (*Pausa.*) Oye, sé que estabas fingiendo, pero ¿podrías recuperar esa especie de sonrisa con la que te dirigías a la doctora? Me haría sentir más cómodo.

CLARA.— No.

MIGUEL.— Vale, vale, prefieres seguir dándome miedo. Estu-

pendo. Mira, vamos a tener que estar un tiempo aquí juntos. Nuestro diagnóstico...

CLARA.— Mentalmente inestables con tendencias autodestructivas.

MIGUEL.— Difiero bastante de ello. ¿Creen que somos peligrosos? Que se paseen un día por mi instituto y verán lo que es el peligro. Pero ese no es el asunto ahora. Seamos sinceros. Yo quiero salir de aquí cuanto antes. Y tú quieres salir de aquí cuanto antes. Yo no te gusto a ti y tú, evidentemente, no me gustas a mí. Pero habrá que enterrar el hacha de guerra... Ambos queremos suicidarnos. Así que aunemos nuestras fuerzas. ¿Trato hecho?

CLARA.— ¿Es que no puedes hablar un poco más... normal?

MIGUEL.— ¿Trato hecho?

CLARA.— (*No muy convencida.*) Trato hecho.

MIGUEL.— Este es el plan. Cuando la doctora o cualquier trabajador del hospital entre por esa puerta, déjame hablar a mí. Tú límitate a sonreír. O algo que se le parezca. Tenemos que hacerles creer que nos llevamos bien, que hemos recuperado la esperanza. Y si te preguntan directamente, ni se te ocurra mencionar la palabra suicidio. ¿Qué día tienes cita con la psiquiatra?

CLARA.— Los martes.

MIGUEL.— Yo te escribiré lo que tienes que decir. Lo memorizas y lo sueltas. En unos días estamos fuera y *voilà!*

CLARA.— ¿Y si mejor nos fugamos?

MIGUEL.— Vamos a ceñirnos al plan, ¿de acuerdo? Oye, ¿no vas a comerte eso? Estaba buenísimo.

EL ABRAZO DE LOS GUSANOS

CLARA.— Todo tuyo.

MIGUEL.— (*Cogiendo la bandeja de la joven.*) Creo que soy el único ser humano al que le gusta la comida de hospital.

ESCENA 3

(De noche. MIGUEL habla en sueños, balbucea cosas imperceptibles. CLARA se despierta y enciende la luz.)

CLARA.— Shhhh. *(Pausa.)* Miguel. *(Pausa.)* Shhhh. *(Pausa.)*
¡Miguel! *(Pausa.)* ¿Fígaro? *(Pausa.)* Miguel, no me dejas dormir. *(Se levanta y se acerca a la cama de MIGUEL. Hace un amago de tocarlo, pero se arrepiente. Coge su sábana y la sacude con fuerza.)* ¡Miguel!

MIGUEL.— ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

CLARA.— ¿Es que ni durmiendo puedes estar en silencio?

MIGUEL.— ¡Pero si yo no he roncado en mi vida!

CLARA.— No eran ronquidos. Estabas haciendo sonidos raros, como... como si lloraras.

(Silencio.)

CLARA.— ¿Con qué soñabas?

MIGUEL.— Con nada.

CLARA.— ¿Has tenido una pesadilla? ¿Te perseguía un ejército zombi? ¿O te habías ido al instituto con las zapa-tillas de estar por casa?

MIGUEL.— *(Se da la vuelta en su cama dándole la espalda a CLARA.)*

CLARA.— No me lo cuentes si no quieres. No me importa.

(Silencio.)

MIGUEL.— *(Sigue de espaldas.)* Era mi entierro. Yo lo veía to-

do, como el espectador de una obra de teatro. En el centro de la escena, el ataúd en el que reposaba mi cuerpo. Y alrededor, un círculo de gente. Pero con dos sitios vacíos. Una esfera incompleta. Ellos no estaban. Yo, bueno, mi espíritu los buscaba entre los invitados. Daba vueltas y vueltas tratando de encontrarlos entre todos esos rostros desconocidos. Pero era inútil. Mis padres no habían venido a mi entierro. Y no iban a venir. (*Pausa.*) ¿Nunca has soñado con tu entierro?

CLARA.— No.

MIGUEL.— Pues yo me lo imagino a menudo. (*Se gira.*) Pero totalmente distinto al de mi pesadilla. Una sala enorme repleta de flores. Con mucha gente. Miles de personas vestidas de negro. Los alumnos a los que he dado clase. Mis compañeros de trabajo. Arturo. Mi familia. Todos destrozados. Llorando y llorando sin parar porque mi pérdida les ha causado un daño irreparable. Al lado del ataúd una foto mía en blanco y negro. Estoy guapísimo. Por turnos, toman el micro y me dedican preciosas palabras. Palabras eternas. Sienten que he dejado un vacío en sus vidas que nada podrá llenar. “Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos. Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!” Mientras suena un *Impromptu* de Schubert... (*Tararea.*) Supongo que no tienes ni idea de quién es Schubert.

CLARA.— Pues mira por donde, sí que sé quién es Schubert. Incluso he tocado alguna pieza suya.

MIGUEL.— ¿Eres músico?

CLARA.— Toco el piano. Bueno, tocaba, hace mucho que no toco.

MIGUEL.— El piano es un instrumento exquisito. Al final resultarás ser una romántica. Te pediría que tocaras en mi entierro, pero no es factible...

CLARA.— En la Edad Media a los suicidas los enterraban sin caja para que se pudriesen cuanto antes porque ellos no iban a la otra vida. A algunos hasta les cortaban la cabeza. Y hasta hace poco estaba prohibido enterrarles en los cementerios. *(Pausa.)* ¿Crees en Dios?

MIGUEL.— Soy pagano de nacimiento. Aunque tengo que confesarte que mientras tomaba todas esas pastillas, recé para que no me doliera mucho. Todos nos volvemos un poco beatos en los momentos difíciles.

CLARA.— Pero entonces, ¿crees o no crees en Dios?

MIGUEL.— Creo que Dios no nos ha creado, sino que nosotros lo hemos creado a él.

(Silencio.)

MIGUEL.— Quizá deberíamos dejar por escrito nuestras últimas voluntades. Qué queremos que hagan con nuestro cuerpo y todo eso. ¿Tú quieres que te entierren o que te incineren?

CLARA.— Me da igual.

MIGUEL.— Yo no lo tengo claro, la verdad. Tengo que sopesar los pros y los contras. Si me convierto en cenizas nadie tendrá un lugar donde llorarme... Mejor un nicho. Pero lo de que los gusanos se coman mi cuerpo

tampoco me convence. Además, mis alumnos me llenarían la tumba de pintadas. ¿Sabes que una vez me pincharon las ruedas del coche?

CLARA.— Cada 40 segundos una persona se quita la vida. ¿Por qué nadie habla del suicidio?

MIGUEL.— Es un tema delicado.

CLARA.— Es como si no existiésemos. Mis padres no se lo han contado a nadie. Me obligan a ir a clase en manga larga, incluso en verano. Me han cambiado varias veces de instituto. Ningún profesor me ha preguntado jamás por mis ausencias... Ningún compañero. Nada. Eso también es censura, ¿no? Como en el siglo XIX.

MIGUEL.— A lo mejor tratan de evitar que se contagie. Un suicidio colectivo o yo que sé. Aunque a mí me vendría de perlas que se pusiera de moda entre la juventud. ¡Quedarme con 5 alumnos por clase... *Ça serait magnifique !*

CLARA.— ¿No te tomas nada en serio?

MIGUEL.— En palabras de Fígaro “me río de todo para no tener que llorar por todo.”

CLARA.— ¿Les has hablado alguna vez a tus alumnos del suicidio de Larra?

MIGUEL.— No. *(Pausa.)* Seguramente tratan de protegerte. Tus padres.

CLARA.— O se avergüenzan de lo que hago. *(Pausa.)* Yo también tengo una pesadilla con mis padres que se repite ¿Conoces la peli esa de los niños con los ojos rojos y el pelo blanco? Es de tu época... sabrás cuál digo.

MIGUEL.— ¿Cuántos años te crees que tengo? Es bastante más antigua que yo.

CLARA.— ¿Pero sabes cuál digo?

MIGUEL.— Sí, sí. “El pueblo maldito” o algo así.

CLARA.— Yo nunca la he visto. Bueno, solo algún trozo suelto. O el tráiler. O a lo mejor tengo la imagen de cuando sale en los Simpson. No me acuerdo. Pues muchas veces sueño que un día pillo a mis padres con los ojos brillantes. Siempre había sospechado que había algo extraño en ellos, cierto odio hacia mí. Y en ese momento todo cobra sentido. Todo queda explicado: no son humanos. Pero entonces, me ven ahí espiándoles. Y corro, corro mientras ellos me persiguen. Y al final, no sé cómo aparezco en la casa donde solíamos veranear. Y ellos están montados en los columpios.

MIGUEL.— Me estás dando un poco de miedo.

CLARA.— Les grito que me dejen en paz. ¡Que se vayan! Y ya no sé si ganan ellos o yo, porque siempre me despierto. Pues ese día me levanto muy cabreada con mis padres. No puedo evitarlo. Ellos por supuesto, no entienden nada, pero ¡joder! Que han intentado matarme. *(Pausa.)* ¿Nunca has tenido la sensación de ser un bicho raro? ¿De estar totalmente solo en el mundo?

(Pausa.)

MIGUEL.— ¿Sabes lo que diría mi padre si viniese a mi entierro? “Yo ya sabía que iba a acabar mal. Siempre fue una nenaza. Un débil. Demasiado cobarde incluso para vivir”. A Larra de pequeño le insultaban, le llama-

ban afrancesado. A mí “mariquita”. ¡Claro que me he sentido un bicho raro!

CLARA.— A la mierda lo que digan. No estaremos aquí para oírlo.

MIGUEL.— ¿Ahora entiendes por qué no recibo visitas? Hace 25 años que no me hablo con mis padres. Me repudiaron cuando les dije que me gustaban los hombres. Bueno, fue mi padre quién me echó de casa, pero mi madre no dijo nada. Mi ex novio está demasiado ocupado follando. Y mis compañeros... suspendiendo a sus alumnos, supongo.

CLARA.— Ya llorarán tu muerte. Y entonces se darán cuenta de lo que han perdido.

MIGUEL.— *Est-ce possible ?* ¿Percibo afecto en tus palabras?

CLARA.— Ha sido un momento de debilidad.

MIGUEL.— Creo que necesito un abrazo. ¿Me darías uno?

CLARA.— (*Nerviosa.*) A ver, que haya flaqueado un poco no significa que me haya vuelto tonta. Además, no quiero provocarte ninguna reacción alérgica.

MIGUEL.— Buenas noches, Clara.

CLARA.— Buenas noches.

(*Apagan la luz. Silencio.*)

CLARA.— Miguel, ¿de verdad crees que hablar del suicidio va a hacer que la gente se suicide más?

(*Pausa.*)

MIGUEL.— No. Más bien, al contrario.

CLARA.— Buenas noches, Fígaro.

ESCENA 4

(CLARA, tumbada en la cama. Sola. La mirada perdida como de costumbre. Su bandeja con el desayuno completa. La de MIGUEL sobre su cama con escasos restos de comida. Éste entra cargado de objetos diversos y, entonces, la joven trata de hacerse la dormida.)

MIGUEL.— ¿Sigues en la cama? ¿Cuántos días llevas sin levantarte?

CLARA.— Estoy cansada.

MIGUEL.— ¡Mira lo que me he encontrado en la sala 5! Las horas aquí pasan lentamente. Habrá que hacer algo para matar el tiempo ya que no nos dejan matarnos a nosotros.

CLARA.— Voy a dormir un poco.

MIGUEL.— ¡Pero si son las 11:00 de la mañana! No puedes pasarte todo el día durmiendo. Larra ya denunció la pereza como vicio nacional en *Vuelva usted mañana*. ¡Un dominó y un parchís de goma! ¡Ver para creer! ¿Qué? ¿Nos echamos unas partiditas?

CLARA.— No tengo ganas de nada.

MIGUEL.— Anda...

CLARA.— Ya te he dicho que no tengo ganas.

MIGUEL.— También he pillado unos cuantos libros y revistas. Basura literaria. Pero es lo que hay. Lo que daría ahora mismo por una copa. Un vaso de Martini fres-

quito con dos hielos, un poco de tónica y una rodaja de limón. Mmmm. Oye, otra vez la bandeja intacta. No puedes estar sin comer.

CLARA.— ¿Para qué quiero comer si voy a morirme?

MIGUEL.— Pues para deleitarte de los alimentos por última vez. A modo de despedida.

CLARA.— Prefiero que se los den a otros que les aproveche más.

MIGUEL.— Clara, suicidarse requiere de esfuerzo físico y mental. Y si no comes, no vas a tener fuerza ni para matarte. Anda, tómate la leche por lo menos.

CLARA.— *(Se incorpora y obedece.)*

MIGUEL.— Solo se muere una vez en la vida. Hay que hacerlo bien.

CLARA.— Conozco todas las formas posibles. Algunas incluso las he probado: Tomar veneno o pastillas, asfixiarse con gas, tirarse por la ventana, saltar a las vías del tren, volarse la tapa de los sesos, cortarse las venas, echarse al agua con piedras en los bolsillos, ahorcarse...

MIGUEL.— Veo que ... “controlas” bastante.

CLARA.— Esto último no te lo recomiendo. La cara se te pone azul y la lengua se te sale de la boca. Además, he leído que un estrangulamiento brusco suele provocar que la persona se cague encima. Si no quieres que quien te encuentre tenga que limpiar la mierda, tendrías que ponerte pañal.

MIGUEL.— No voy a quitarme la vida con un dodot en el culo. ¿Por qué conformarse con los métodos tradicio-

nales? Casi todos son vulgares. ¡Perfeccionemos el suicidio! Quiero una muerte majestuosa.

CLARA.— ¿Sabías que casi todos los suicidas siguen un ritual antes de quitarse la vida? Algunos se fuman su último cigarro o beben una copa de vino, otros escuchan su canción favorita y hay quien... quien... se toca.

MIGUEL.— ¿¡Masturbarse antes de suicidarse!?! Bueno, es una forma de irse al otro barrio contento y relajado. Yo no tuve tiempo para rituales, estaba demasiado ocupado maldiciendo a Arturo y a Marta.

CLARA.— ¿Quién es Marta?

MIGUEL.— ¿Qué Marta?

CLARA.— Has dicho Marta.

MIGUEL.— ¡No! Marcos. He dicho Marcos. ¿Tú seguiste algún rito?

CLARA.— Escribí una nota para mis padres.

MIGUEL.— ¿Qué decía?

CLARA.— “Ya no puedo más. Es mejor que me vaya. Os quiero”.

MIGUEL.— Parca pero efectiva.

CLARA.— ¿Te das cuenta? Si mis padres no hubieran vuelto antes de lo previsto y tu novio no se hubiera olvidado nada, ahora mismo seríamos fiambres. No es que elijamos mal la forma de suicidarnos. El problema es que nos acaban encontrando. La próxima vez tenemos que evitar como sea que alguien pueda interrumpirnos. Yo en casa de mis padres no puedo seguir intentándolo.

No hay manera. Lo haremos en tu casa, juntos. ¿Qué te parece?

MIGUEL.— Estupendo. Pero nada de chapuzas. Iremos al encuentro de la muerte de manera profesional. Un desenlace bello, elegante, respetuoso con la dignidad humana.

CLARA.— ¿Te quedan pastillas en casa?

MIGUEL.— Sí.

CLARA.— ¿Suficientes para los dos?

MIGUEL.— Creo que sí.

CLARA.— ¿Y alcohol?

MIGUEL.— Tu pregunta me ofende.

CLARA.— Perfecto. Ahora solo falta salir de aquí.

MIGUEL.— ¿Has memorizado lo que te he escrito?

CLARA.— Más o menos.

MIGUEL.— Pues a estudiar.

CLARA.— *(Con desgana.)* ¡Sí, señor!

(CLARA coge un folio y empieza a leer. MIGUEL ojea una de las revistas.)

MIGUEL.— ¿Te gusta este vestido?

CLARA.— Odio los vestidos. No me sientan bien.

MIGUEL.— Creo que el rojo es tu color. Queda bien con tus ojos.

CLARA.— A mí nada me queda bien.

(Pausa.)

MIGUEL.— ¿Tienes novio? ¿O cómo decís vosotros? ¿Un rollete?

CLARA.— No me interesan los chicos.

MIGUEL.— ¿Novia?

CLARA.— ¡No! Quiero decir que no me interesan las relaciones.

MIGUEL.— ¿Nunca has estado con nadie?

CLARA.— ¿Quién se va a fijar en mí? Soy horrible. Fea, bajita, sin tetas y gorda. Mira esa chica del vestido rojo. Soy una mierda a su lado. Soy una mierda al lado de cualquier tía.

MIGUEL.— Pero ¿qué estás diciendo? Esto es todo mentira. Maquillaje, botox, Photoshop... Tú eres mucho más bonita que cualquiera de estas. Lo que pasa es que no te sacas partido. Empezando por tu pelo, anda suéltalo.

CLARA.— (*Apartándose.*) ¡No me toques! (*Pausa.*) ¡Déjame estudiar!

(*Pausa.*)

MIGUEL.— No debería ser yo quien te hable de esto... estoy bastante en contra de las nuevas tecnologías y todas esas patrañas. Yo soy más de miradas furtivas en los bares, roces en los gimnasios, olor a perfume mezclado con sudor de hombre en las aceras... Pero ¿sabes que existe un chisme llamado Tinder? Porque una cosa es suicidarse y otra muy distinta morir virgen.

CLARA.— ¿Podrías dejar de meterte en mi vida?

MIGUEL.— Perdona. (*Silencio.*) El encuentro sexual es la ex-

presión máxima de belleza y placer. Y, si el coito es entre dos hombres, ya ni te cuento. La respiración se acelera. El corazón está a punto de estallarte. Y, entonces, el mundo desaparece. Tienes que probarlo. ¡A modo de homenaje! Como el ritual ese del que hablabas antes. Piénsalo. (*CLARA lo mira.*) Vale, ya no digo nada más. (*Pausa.*) También es cierto que, si no lo has probado, no lo puedes echar en falta. Quiero decir que no puedes saber lo que te estás perdiendo... (*CLARA suspira.*) Vale, vale, me callo.

ESCENA 5

(MIGUEL entra en la habitación y extrañado contempla que CLARA no está en su cama. Oye ruidos procedentes del baño. Se acerca y por la puerta entreabierta ve algo que no le gusta.)

MIGUEL.— ¡Clara! Clara, ¿qué estás haciendo?

VOZ DE CLARA.— *(Cierra la puerta de golpe.)* ¡Nada! ¡Déjame en paz!

(Silencio. MIGUEL se dispone a salir para llamar a alguien, pero duda.)

MIGUEL.— ¡Sal de ahí ahora mismo o aviso a los enfermeros!

CLARA.— ¡No! *(Saliendo.)* No llames a nadie, por favor.

MIGUEL.— ¿Por qué estabas vomitando?

CLARA.— Miguel, pase lo que pase, tienes que prometerme que me ayudarás a suicidarme. Si tú te echas atrás...

MIGUEL.— ¡No voy a echarme atrás!

CLARA.— Pero si lo haces, prométeme que me ayudarás a que haga lo que tengo que hacer.

MIGUEL.— Vale, cálmate. ¿De verdad que no quieres que avise a nadie?

CLARA.— No. Estoy bien. *(Se tumba en la cama. Silencio.)*
Miguel, cuéntamelo.

MIGUEL.— ¿El qué?

CLARA.— El suicidio de Larra.

(Pausa.)

MIGUEL.— Dolores Armijo, su amante, fue a visitarlo a su casa, situada precisamente en la calle Santa Clara. Para despedirse. Había decidido volver con su marido. En el encuentro se muestra fría. Trae las cartas que Larra le había escrito para devolvérselas y le reclama las suyas. El criado, avisado por la campanilla, acompaña a Dolores de vuelta hasta el coche. Se oye un ruido fuerte, como de una mesa que cae. “¡De qué humor ha dejado al señor la visita!”—comentan los criados. Su hija pequeña, Adela, va a darle las buenas noches y lo descubre tendido en el suelo. A su lado una pistola. Y sobre la mesa, una caja abierta. Son casi las 9 de la noche del 13 de febrero de 1837 y hace un frío cruel en Madrid. Un mes después cumplía Figaro los 28 años. Lo último que había publicado en un periódico, el 22 de enero del 37, apenas un mes antes de quitarse la vida, fue una crítica de la obra de teatro *Los amantes de Teruel*, ironías del destino. “Tantos disparos y cañonazos que he oído en mi vida, apenas los recuerdo. Y aquella detonación que casi no oí, no se me borra”—escribió años después Buero Vallejo en su obra de teatro *La detonación*.

(Silencio.)

CLARA.— Tenemos la obligación de ser felices y si no lo somos nos sentimos unos fracasados. Me preguntaste cuál era mi motivo para no querer vivir. No lo sé. Todos os empeñáis en buscar alguna razón. Y eso lo hace más doloroso para mí. No tengo ni idea de por qué quiero quitarme la vida, pero quiero hacerlo. Mis pa-

dres se han esforzado en dárme todo, en hacerme feliz. Y yo les he fallado. Escucho la palabra futuro y tiemblo. ¿Qué seré? ¿Qué haré? ¿Dónde estaré? Es que no me veo en nada. Nada me llena. Me gustaría volver a ser una niña. No tener preocupaciones. Solo jugar... y... y estar. Nada más. Es como si tuviera una pequeña aguja clavada en el corazón. Solo siento vacío y dolor. A veces el dolor es tan fuerte que no me deja respirar. Me posee totalmente y necesito hacer algo, lo que sea, para apagarlo. Me recetan pastillas, pastillas y más pastillas, que se supone combaten eso que ellos llaman depresión, pero nada consigue matar este dolor. Ya no quiero tomar más pastillas, Miguel. No quiero.

MIGUEL.— Eso que acabas de decir es más bonito que muchas de las cosas que he leído. Y he leído mucho, créeme. (*Pausa.*) ¿Desde cuándo te sientes así?

CLARA.— Me parece que empezó la primera vez que no quise soplar las velas. En mi 14 cumpleaños. Mis padres no podían entenderlo. Insistían e insistían. Pero es que no me apetecía. No le veía ningún sentido a celebrar que tenía un año más de vida. Todo me parece absurdo. Cuando muramos al mundo le dará igual. Las cosas seguirán su curso. Los árboles seguirán creciendo. Los ríos fluyendo. A miles de millones de personas les sonará el despertador y se dispondrán a enfrentarse a otro día vacío. (*Pausa.*) Lo tuyo tiene solución. Encontrarás a alguien. Te volverás a enamorar. Pero lo mío no. La vida es una carga demasiado pesada para mí.

MIGUEL.— Estás hecha toda una existencialista. ¿Has leído a Camus?

CLARA.— ¿Qué es un existencialista?

MIGUEL.— Es alguien que se pregunta por el sentido de la vida, como Camus en *El mito de Sísifo*. Sísifo fue condenado por los dioses a arrastrar una roca hasta la cima de una montaña eternamente. Porque justo antes de alcanzar el pico, la piedra siempre caía. Y Sísifo tenía que empezar de nuevo. Una y otra vez.

CLARA.— ¡Qué putada!

MIGUEL.— Los dioses griegos no se andaban con chiquitas. Pensaron que no existía castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza.

CLARA.— ¿Y qué había hecho él?

MIGUEL.— Antes de morir le exigió a su esposa que no diera sepultura a su cuerpo, por lo que fue directo al infierno. Allí le pidió permiso a Plutón para regresar a la tierra y poder castigar a su esposa. Pero al volver a este mundo y ver el cielo, los pájaros, los árboles, el sol... no quiso retornar a la oscuridad infernal. Mercurio, tuvo que bajar a por él a la Tierra y llevárselo a la fuerza de vuelta a los infiernos, donde estaba preparada su roca.

CLARA.— ¿Tú eres existencialista?

MIGUEL.— Un poco. Bueno, yo realmente soy un romántico.

CLARA.— ¿Porque trataste de suicidarte por amor?

MIGUEL.— No. No me refiero a esa acepción de romántico. Romántico del Romanticismo, de la corriente de pensamiento del XIX. Romanticismo significa rebel-

día, libertad, pasión, efusión de sentimientos. Bueno, en realidad el Romanticismo es más que un movimiento. Es una manera de sentir el mundo y de enfocar la vida. Es querer gozar y sufrir intensamente. Y ¿qué mayor expresión de libertad y rebeldía que el suicidio? ¡Nuestro acto va a ser un acto de libertad!

(Pausa.)

CLARA.— Nunca le había contado esto a nadie.

MIGUEL.— ¿Y por qué no tratas de explicarles a tus padres cómo te sientes? Creo que les ayudará.

CLARA.— Ningún padre está preparado para escuchar que su hija no quiere vivir.

MIGUEL.— ¿Sabes cómo describió Buero Vallejo a Larra en *La detonación*? “Una curiosa fisonomía de rasgos añados, tersas mejillas y gruesos labios todavía no trabajados por la madurez, alta frente y ojos penetrantes sin la menor arruga en los que se agazapa, sin embargo, el enigmático cansancio de un anciano”. Tú también te sientes cansada a pesar de tu corta edad, ¿verdad?

CLARA.— Agotada.

MIGUEL.— Sé que piensas que estás sola. Pero esa aguja la tenemos todos en el corazón. A unos les pincha más suave y a otros más fuerte. Pero a todos nos duele. (Pausa.) Yo quería cambiar el mundo. Pensaba que ser profesor era mi granito de arena. Enseñar a la juventud, darles un arma. Las letras. Pero no he sido capaz de despertar el interés por nada en nadie. Traté de luchar contra el atontamiento de la sociedad. Pero no

pude. ¿Cómo voy a hablarles de literatura? Si logro que pasen los 50 minutos sin que nadie haya matado a nadie durante mi clase llego satisfecho a casa. (*Pausa.*) ¿Has tenido algún profesor que te haya marcado? ¿Alguno al que recuerdes con un cariño especial?

CLARA.— No. Pero yo nunca he sido una alumna brillante.

MIGUEL.— Los profesores no queremos alumnos brillantes, solo queremos que nos escuchen. Dejar huella. Algo estamos haciendo mal. (*Pausa.*) ¿Sabes? Larra murió por dentro mucho antes del disparo en la sien. Solo un cadáver podría escribir algo así: “Cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo”. Sintió el fracaso del país como su propio fracaso. No había esperanza ni para el uno, ni para el otro. Monarquía borbónica, censura, persecución y exilio de los liberarles, guerra civil... A veces me pregunto si las cosas han cambiado tanto desde el siglo XIX. Si Fígaro levantara la cabeza...

CLARA.— ¿Era guapo?

MIGUEL.— ¿Quién?

CLARA.— Larra.

MIGUEL.— Guapísimo. Si yo hubiera nacido en el siglo XIX hubiéramos sido amantes.

CLARA.— Pero Larra no era gay.

MIGUEL.— Nadie es perfecto. Además, ¿y si Dolores Armijo también era un seudónimo?

CLARA.— ¿Y su primera novia? ¿Y su esposa?

MIGUEL.— Errores. (*Silencio.*) Yo también tengo algo que contarte. (*Pausa.*) Arturo me dejó por una mujer.

CLARA.— Ya lo sabía. Marta, ¿no?

MIGUEL.— ¡Qué cabrón! Eso no se hace. No tengo nada en contra de vosotras, ¿eh? Pero es que no entiendo qué ve en una chica.

CLARA.— Larra no era gay y, por lo visto, tu ex novio tampoco. Por eso trataste de suicidarte.

MIGUEL.— Lo de Arturo es pasajero. Está pasando por una crisis.

CLARA.— Ya.

MIGUEL.— A veces, me los imagino teniendo relaciones sexuales. ¡Es asqueroso!

CLARA.— ¡No lo hagas!

MIGUEL.— No puedo evitarlo. De hecho, pienso que no sabré cómo hacerlo. Yo no sabría cómo insertar mi...

CLARA.— ¡Para!

(*Silencio.*)

MIGUEL.— ¿Qué te parece si decidimos no tomar la medicación? No tenemos por qué ser felices si no queremos. Solo tenemos que ser nosotros.

CLARA.— Me parece perfecto.

ESCENA 6

(CLARA y MIGUEL en mitad de una discusión.)

MIGUEL.— Ya has oído a la doctora. Quiere tenernos unas semanas más en observación.

CLARA.— ¡No puedo esperar unas semanas! ¡Necesito matarme ya!

MIGUEL.— Clara, no hay nada que podamos hacer.

CLARA.— Me dijiste que, si seguía tu plan, en unos días estábamos fuera.

MIGUEL.— Los planes... fallan. Además, a saber lo que le dirías a la doctora.

CLARA.— Lo que me escribiste, palabra a palabra.

MIGUEL.— Yo no estaba allí, ¿cómo puedo estar seguro?

CLARA.— Porque te lo digo yo. Me has engañado.

MIGUEL.— Ya te he dicho que...

CLARA.— En realidad no quieres suicidarte. Eres un cobarde.

MIGUEL.— ¡Claro que quiero suicidarme!

CLARA.— Entonces haremos las cosas a mi manera. Tenemos que fugarnos.

MIGUEL.— Jovencita, creo que has visto demasiadas películas.

CLARA.— Javi, el enfermero en prácticas. Tendremos que ganarnos su confianza. Sonsacarle información sobre turnos, cambios de guardia y... y ¡robarle las llaves!

MIGUEL.— ¿Cómo? Ni pensarlo.

CLARA.— ¿Se te ocurre algo mejor? A ti hablar se te da genial. No tendrás que esforzarte mucho.

MIGUEL.— ¿Me estás exigiendo que entable conversación con el enfermero más atractivo y simpático de esta planta?

CLARA.— Sí.

MIGUEL.— ¿Y yo me estoy negando? Abortamos plan A. Plan B en marcha. ¿Cuándo trabaja Javi?

CLARA.— Los jueves.

MIGUEL.— ¡Hoy es jueves! Entonces tendré que ducharme. Tú también deberías animarte, que esta habitación empieza a oler... a humanidad.

ESCENA 7

(CLARA sigue en su lugar de siempre. Sus manos reposan sobre la bandeja y sus dedos se mueven como si tocara el piano. Entra MIGUEL hecho una furia.)

MIGUEL.— Adivina qué quería.

CLARA.— Y yo que sé.

MIGUEL.— ¡Quedarse con el piso! “Como tú estás viviendo en el hospital... pues para que esté vacío.” ¿Para qué? ¿Para retozar con esa fulana? Antes muerto que darle mi casa. (Percatándose de lo que acaba de decir.) Creo que debería empezar a cuidar mis metáforas. ¿Estabas tocando el piano en la bandeja?

CLARA.— Solo recordaba una pieza.

MIGUEL.— ¿Qué tocabas?

CLARA.— *La Patética* de Beethoven. (La tararea un poco.)

MIGUEL.— ¿Te gusta bailar?

CLARA.— No lo sé. Yo no bailo.

MIGUEL.— ¿Cómo que no? Si te gusta la música te gusta bailar. Además, de alguna manera los pianistas bailáis con vuestros dedos. Es curioso, tus manos no parecen de pianista. Son muy pequeñas.

CLARA.— Pues era muy buena. La mejor de mi curso. Aunque en las audiciones las manos me sudaban muchísimo por los nervios y tenía que secarlas antes de subir al escenario. Para que las teclas no me resbalasen al tocar.

MIGUEL.— A ver, pon tus manos así.

CLARA.— ¿Para qué?

MIGUEL.— Para medirlas con las mías. Ábrelas.

CLARA.— (*Al ver que MIGUEL acerca sus manos a las de ella, las aparta.*) ¡Qué tontería!

MIGUEL.— ¿Por qué siempre me rehúyes?

CLARA.— ¿Qué?

MIGUEL.— ¿Te crees que no me ha dado cuenta? Nunca quieres tocarme.

CLARA.— Eso no es verdad.

MIGUEL.— Dame la mano.

CLARA.— Déjame en paz.

MIGUEL.— ¿Qué pasa?

CLARA.— Me apetece estar sola.

MIGUEL.— No pienso irme hasta que me des la mano.

CLARA.— Déjalo.

MIGUEL.— Dame la mano.

CLARA.— (*Lo mira fijamente. Trata de levantar su brazo, pero este no le responde.*)

MIGUEL.— ¿Te doy asco? ¿Es porque soy gay?

CLARA.— ¡No! No tiene nada ver.

MIGUEL.— ¿Seguro?

CLARA.— Vete, por favor.

MIGUEL.— ¿Qué coño te pasa? Lo tienes absolutamente to-

do: juventud, talento, inteligencia, una familia maravillosa, ¿no es suficiente para ti?

CLARA.— Cállate.

MIGUEL.— A la señorita todo le repugna.

CLARA.— Basta.

MIGUEL.— Parece que disfrutes estando mal. ¿De verdad quieres matarte? ¿O solo es tu forma de llamar la atención? ¡Estás loca!

CLARA.— *(Con la respiración agitada.)* ¿¡Es que no lo ves?! Yo soy la que me doy asco. Estoy vacía. No siento nada. Ni siquiera siento cariño por mis padres. Soy el ser más despreciable del mundo. Un pedazo de mierda inútil. Todo lo que hago es doloroso para mí y para los demás. Y no puedo soportar que nadie me toque porque tal vez os arrastre a mi desgracia y no lo merecís. Me he esforzado. He hecho lo que he podido. Pero me doy por vencida. ¡Estoy harta de intentar ser otra, porque por mucho que intente cambiar, siempre me quedo conmigo!

MIGUEL.— Perdona, yo no quería decir... No...

CLARA.— *(Respira con dificultad.)* Tengo miedo, Miguel. Tengo mucho miedo.

MIGUEL.— Tranquila.

CLARA.— Ayúdame, favor.

MIGUEL.— Estoy aquí. No va a pasarte nada malo. Solo respira.

CLARA.— No puedo. Me falta el aire.

MIGUEL.—Voy a llamar a...

CLARA.— ¡No! No te vayas. (*Le tiende la mano.*) Ayúdame.

(*MIGUEL le agarra la mano. CLARA pierde el conocimiento.*)

MIGUEL.— ¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor!

ESCENA 8

(CLARA entra en la habitación con una bolsa de plástico que esconde algo. No hay nadie. Sobre su cama ve un libro con una página marcada. Entra MIGUEL.)

CLARA.— (Lee la página marcada del libro.) “No hay sol sin sombra y es necesario conocer la noche.” ¿Qué es esto?

MIGUEL.— Mi forma de pedirte perdón.

CLARA.— ¿El mito de Sísifo de Camus?

MIGUEL.— (Le corrige la pronunciación francesa.) Camus. (Ella lo mira.) Bueno, tú puedes llamarlo como quieras. ¿Cómo te encuentras?

CLARA.— Bien. Yo también te he traído algo. (Saca una botella medio vacía de Martini).

MIGUEL.— ¿Martini? ¿Cómo lo has conseguido?

CLARA.— Tengo mis contactos.

MIGUEL.— ¡Pero si está prácticamente vacía!

CLARA.— Es lo que he podido encontrar.

MIGUEL.— Gracias. (Pausa.) Clara, lo que te dije...

CLARA.— No importa.

MIGUEL.— Mereces una despedida por todo lo alto. Y ya que te opones al homenaje sexual... Te he preparado una sorpresa. Pero antes brindemos. (Le da un sorbo a la botella y se la pasa a CLARA.) Por ser nosotros mismos.

CLARA.— Por ser nosotros mismos. *(Bebe.)*

MIGUEL.— Quería traerte un piano, pero no ha habido manera. Así que ve tomando asiento. Que el espectáculo está a punto de empezar. ¿Te comenté que además de profesor he sido travesti?

CLARA.— ¿Qué?

(Saca de debajo de su almohada un reproductor de audio, lo enciende y empieza a sonar Pelo Suelto de Gloria Trevi. MIGUEL se transforma en un elegante maestro de ceremonias.)

MIGUEL.— Esta canción está dedicada a una persona muy especial. Alguien que se ha cruzado en mi vida por casualidad y me ha sanado de una alergia que creía incurable. Alguien que se siente igual de perdida que yo. Alguien que sin darse cuenta me ha abierto los ojos y me ha reconciliado conmigo mismo. Ahora sé que no estoy solo y que ser un bicho raro no está tan mal después de todo. La vida duele, pero de vez en cuando, también te hace algún regalo. Tú has sido mi regalo, Clara.

(MIGUEL empieza la actuación modo playback, pero acabará cantando: “A mí me gusta andar de pelo suelto, me gusta todo lo que sea misterio. Me gusta ir siempre en contra del viento... Si dicen blanco, yo les digo negro. A mí me gusta andar de pelo suelto, aunque me vean siempre con enredos. Me gusta todo lo que sea sincero, yo soy real y no tengo reverso. A mí me gusta andar de pelo suelto, aunque me digan que hasta barro el suelo. Ser agresiva como gata en celo y a veces mansa como león con sueño. A mí me gusta andar de

greña suelta, aunque se acabe de infartar mi abuela. A mí me gusta andar de pelo suelto, aunque me pongan gritos en el cielo. Y voy, y voy, y voy, y voy, y voy, y voy... Vóy a traer el pelo suelto. Vóy a ser siempre como quiero. Vóy a olvidarme de complejo. A nadie voy a tener miedo". El baile de MIGUEL es lo suficientemente estrambótico para lograr arrancar una sonrisa en CLARA. MIGUEL le tiende la mano y con miedo, ésta acepta y con las manos entrelazadas, entre risas, brincos y espasmos, inventan una nueva forma de bailar. Y bailan como nunca antes se había bailado.)

MIGUEL.— ¡Te he hecho reír! ¡Lo he logrado! Nadie se resiste a mis encantos.

CLARA.— Miguel, por favor, no te mates. Tú no. El mundo te necesita.

MIGUEL.— Y yo te necesito a ti.

CLARA.— No. Sabes que no puedo.

MIGUEL.— ¿Y si logro devolverte las ganas de vivir?

CLARA.— Es imposible.

MIGUEL.— ¿Qué te da más miedo que lo consiga o que no lo consiga?

CLARA.— Ambos.

MIGUEL.— La vida no es maravillosa. De hecho, apesta. Pero tiene cosas que no están tan mal. Podemos intentarlo juntos.

CLARA.— No, por favor.

MIGUEL.— Sé que ahora te parece difícil. Todos tus planes se desmoronan, pero ya te dije que los planes fallan. Ha-

remos otros. ¿Qué prisa hay? Siempre estamos a tiempo de matarnos.

CLARA.— No sé si seré capaz.

MIGUEL.— Pues yo me quedo en el mundo solo con una condición... Que tú estés en él. (*MIGUEL saca de su bolsillo las llaves del hospital y se las muestra a CLARA.*) Tú decides.

(*CLARA observa las llaves paralizada. Por unos segundos, duda, pero finalmente las coge y las lanza por la ventana.*)

CLARA.— (*Se acerca a MIGUEL.*) Vas a tener que enseñarme porque ya no me acuerdo.

MIGUEL.— Ven aquí.

(*CLARA se acerca más. Pero no mueve los brazos. Es MIGUEL quien la arroja con los suyos. Se funden en un torpe abrazo, un abrazo de gusanos.*)

ESCENA 9

(Han pasado unas semanas. CLARA y MIGUEL tienen mejor aspecto. Visten ropa de calle. Quizá ella lleve un vestido rojo y el pelo suelto. Al lado de cada cama, una maleta llena. Seguramente, las maletas están más preparadas que sus dueños para emprender el próximo viaje.)

MIGUEL.— ¿Te dije o no te dije que no sabes mentir?

CLARA.— Es la doctora Suárez que tiene super poderes.

MIGUEL.— “Quiero suicidarme, doctora. Lo tengo decidido. No quiero vivir.” ¿Por qué le has dicho eso?

CLARA.— Porque no sé si estoy preparada.

MIGUEL.— Claro que estás preparada. “Mentalmente estable”.

CLARA.— ¿Ya no estamos locos?

MIGUEL.— Quizá nunca lo estuvimos. O quizá todos lo estamos un poco. ¿Quién no se ha sentido con ganas de tirar la toalla alguna vez? ¿De enviarlo todo a tomar viento? *(Pausa.)* Hagamos un repaso: Nada de objetos afilados en casa.

CLARA.— Ni medicamentos ni alcohol al alcance.

MIGUEL.— Puertas sin pestillos.

CLARA.— Y evitar estar solo. *(Pausa.)* He hablado con mis padres, Miguel. Les he dicho cómo me sentía. Y he podido abrazarles después de tanto tiempo... Ha sido maravilloso.

MIGUEL.— Me alegro mucho.

(Pausa.)

CLARA.— Sí que me acuerdo de uno de mis maestros. Don Emilio, de primaria. Era muy bueno con nosotros. Tenía una voz dulce y nunca se enfadada ni gritaba. Le gustaban mucho los animales. Nos decía siempre que teníamos que tratarlos bien y cuidarlos. Un día, llegó a clase con una caja de zapatos. Dentro había gusanos de seda. Nos contó que unos niños mayores estaban cogiéndolos de una morera y jugando a aplastarlos y que eso no se hacía. Los tuvimos varios meses en el aula. Cada día se encargaba uno de nosotros de traerles hojas para alimentarlos. En el recreo, a veces, me quedaba mucho rato mirándolos hipnotizada. Eran preciosos. Con sus rayas y sus morros negros. Con esas patitas diminutas. Los observaba y pensaba, ¿cómo se abrazarán los gusanos? Un día, empezaron a envolverse a sí mismos con un capullo de seda. Y unas semanas después, salieron unas mariposas. Aquello me parecía magia. ¿Cómo podía haber sucedido aquella transformación sino? Don Emilio nos explicó que teníamos que soltar a las mariposas porque los animales tienen que vivir en la naturaleza y no encerrados. “¿Y si vuelven a encontrarse con esos niños mayores que quieren matarlos?” Le pregunté. “Eso no pasará, ahora las mariposas tienen alas y pueden volar lejos de quien quiera hacerles daño. De hecho, durante los próximos días, buscarán a una pareja a la que unirse para volver a poner huevos de los que saldrán otros gusanos”. No sé qué habrá sido de don Emilio. Me gustaría encon-

trármelo un día y darle las gracias por todo lo que me enseñó. Él fue mi mejor profe. Aunque ahora, tengo otro profesor favorito. Dijiste que nunca habías conseguido enseñar nada a nadie. Eso no es verdad, Fíguro. A mí me has enseñado muchísimas cosas... Romanticismo, Larra, existencialismo, palabras que no sabía ni que existían...

MIGUEL.—Venga, que me vas a hacer llorar.

CLARA.—Aunque...hablas tanto que no he podido quedarme con todo. Pero, tranqui, he hecho una buena selección.

MIGUEL.— ¡Cómo me vas a echar de menos!

CLARA.— Tampoco exageres.

MIGUEL.— Sé que le has dicho a la doctora que yo también tenía pensado suicidarme nada más salir de aquí.

CLARA.— ¡Eso no es verdad! (*Pausa.*) Vale, sí. Quería pasar unos meses más contigo en esta habitación.

MIGUEL.— Tenemos que enfrentarnos al mundo, como esos gusanos convertidos en mariposas. Mirarlo de cara y comérselo.

CLARA.— ¡Cásate conmigo!

MIGUEL.— Pero ¿qué dices?

CLARA.— No sé si voy a poder hacerlo sin ti.

MIGUEL.— ¿Quieres casarte con un hombre que te dobla la edad, homosexual y fanático de Larra?

CLARA.—

MIGUEL.— Además, no pienses que vas a librarte de mí.

Pienso visitarte todas las semanas. Ya tengo hecha la lista con los libros que quiero prestarte.

CLARA.— Espero que sean un poco más entretenidos que Camus.

MIGUEL.— (*Le corrige la pronunciación.*) Camus.

CLARA.— Como se diga. No tiene ni idea. El suicidio no puede ser de cobardes porque muchos no se atreven a hacerlo. Dime si no hay que ser valiente para coger una cuerda y colgarse. O para pegarse un tiro en la sien como Larra. O para lanzarse desde una altura de 60 metros sabiendo que tu cuerpo va a hacerse pedazos.

MIGUEL.— ¿Qué haremos contigo? ¿No puedes dejar de pensar en la muerte?

CLARA.— La doctora dice que esos pensamientos siempre van a estar ahí. Solo tengo que aprender a vivir con ellos.

MIGUEL.— Yo ya no sé si suicidarse es de cobardes o de valientes. Pero desde luego se necesita mucha valentía para enfrentarse a la vida. Espero que tener tan presente a la parca te ayude a vivirla más intensamente. ¿Qué tienes pensado hacer?

CLARA.— Voy a recuperar mis estudios. Quizá volver a tocar el piano. Y ser yo misma. Pero sin pretensiones.

MIGUEL.— Ni exigencias.

CLARA.— Ni exigencias. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

MIGUEL.— Por ahora, voy a pasar un fin de semana en la playa con el enfermero. Pero sin pretensiones.

CLARA.— ¿Y su novia?

MIGUEL.— Marta me robó a Arturo y yo le robo a Javi a su novia. Tenía que devolverle al mundo un gay. Es una cuestión de equilibrio universal.

CLARA.— ¿No tienes miedo?

MIGUEL.— Claro que tengo miedo.

CLARA.— A veces, pienso que escuchaste mi grito de auxilio y apareciste en esta habitación de hospital.

MIGUEL.— Y bien guapo que me puse para venir al rescate. Clara, no estamos solos. Hay muchos como nosotros. Temblando. Quizá no se atreven a decirlo, o todavía no han encontrado a alguien a quien poder decírselo. Pero como Sísifo, cuando la roca se despeña vuelven a bajar y vuelven a cargar con ella. La lucha en sí misma les basta para vivir.

CLARA.— Prométeme una cosa.

MIGUEL.— Dime.

CLARA.— Primero prométemelo.

MIGUEL.— Te lo prometo.

CLARA.— Si alguna vez piensas en suicidarte, no vuelvas a ponerte un disfraz, por favor.

(Ríen.)

CLARA.— ¿Qué hubiera pasado si no nos hubieran encontrado?

MIGUEL.— No quiero ni pensarlo. *(Pausa.)* Estamos vivos.

CLARA.— Sí. Estamos vivos.

PAULA LLORENS

(Las crisálidas, temblorosas, cogen sus respectivas maletas y se disponen a recuperar su libertad. Tras la metamorfosis, emprenden el vuelo.)



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA